ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LA HORMA DE SU ZAPATO,

PROVERBIO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

TOMADO DE UN PENSAMIENTO FRANCÉS

POR

MARIANO BARRANCO Y CARO.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878.

ADICION AL CATÁLOGO DE 30 DE ABRIL DE 1878.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galeria.
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
		Afinador y mártir...........	1	D. Luis Taboada.......	Todo.
3	2	Amor en la ausencia..........	1	Ángel Rodriguez....	»
3	2	Á un valiente otro mayor....	1	Marcos Zapata......	»
3	2	Caer en la trampa...........	1	Eduardo S. Castilla..	»
»	»	C. Martinez................	1	Lasala y O. de la Torre	»
3	2	Corbata roja...............	1	Manuel Nogueras. ..	»
2	2	El hombre perro............	1	J. G. de Lima......	»
2	1	El marido y la mujer—j. o. p.	1	D.ª Camila Calderon....	»
»	»	El mestre de fer coloquis....	1	D. F. de P. Huertas....	»
»	»	El nono no desear...........	1	José Barreda........	»
4	2	El que al corazon no llama...	1	Manuel Urban......	»
5	2	El otro yo.................	1	José Estremera.....	»
3	1	El verdugo de sí mismo......	1	Ángel Rodriguez....	»
3	2	Entre dos fuegos............	1	Gerardo Velez......	»
3	1	Específico moral............	1	Eusebio Sierra......	»
3	2	Ganar la plaza.............	1	Bernardo Bueno....	»
»	»	La conquista de un papá.....	1	Javier de Búrgos ..	»
2	2	La flor del humbrío.........	1	Ángel Rodriguez. ..	»
1	2	La horma de su zapato.......	1	M. Barranco y Caro..	«
3	1	La muñeca—j. o. p..........	1	Pedro Escamilla....	»
»	»	La tea de la discordia.......	1	F. de P. Huertas....	»
1	2	La vendetta—j. a. v.........	1	José Estremera.....	»
»	»	Las escuelas en España.. ...	1	Francisco Palanca...	»
3	1	Las tres palmatorias—c. a. p..	1	José de Fuentes.....	»
3	1	Los amigos de Benito—j. o. p	1	Sres. E. Sierra y A. Sanchez Ramon......	»
»	»	Los caribes................	1	D. Manuel Nogueras...	»
2	4	Los dos sobrinos y el tio.....	1	José Conde Souleret..	»
4	1	Los matrimonios del dia-j. o. p	1	Eugenio Picazo.....	»
5	1	Nobleza y Villanía..........	1	V. M. de la Tejera...	»
5	»	Paz octaviana..............	1	Manuel Nogueras. ..	»
4	1	Perez y Quiñones—c. o. p....	1	Vital Aza..........	»
1	2	¡Que viene mi mujer!—j. a. p.	1	F. Oconell.........	»
3	2	¿Quién es Calleja?—j. o. v....	1	Sres. Vidal y Caballero..	»
3	»	Sobre la marcha............	1	D. Pelayo del Castillo...	»
3	3	Una mujer por dos horas.....	1	J. G. de Lima.......	»
»	»	Un empleo encomanat.......	1	F. de P. Huertas....	»
7	5	Voz del pueblo, *parodia*.....	1	Fuentes y Solsona...	»
3	3	Con la música á otra parte...	2	Vital Aza.........	»
6	5	Dime con quien andas—p. o. v	2	R. Lopez del Rio....	»
5	4	Los dedos huéspedes—j. a. p..	2	J. M. Anguita......	»

LA HORMA DE SU ZAPATO.

LA HORMA DE SU ZAPATO,

PROVERBIO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

TOMADO DE UN PENSAMIENTO FRANCÉS

POR

MARIANO BARRANCO Y CARO.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de VARIEDADES en la noche del 5 de Noviembre de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
ROSA....................	SRTA. D.ª MERCEDES GARCÍA.
SEÑORA DOLORES......	SRA. D.ª CONCEPCION RODRIGUEZ.
ENRIQUE...............	SR. D. JOSÉ VALLÉS.

La accion en Madrid.—Época actual.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una habitacion modesta, pero limpia: una puerta al fondo y otra á la derecha del espectador. Á la izquierda una ventana adornada con algunas macetas y flores.

ESCENA PRIMERA.

ROSA acabándose de peinar delante de un espejo colocado sobre una silla.

ROSA. Bien.—Ahora la mantilla, y á trabajar hasta la noche. (Separa silla y espejo; y mientras lo que sigue, arregla los muebles de la habitacion.)—La que desea continuar honrada y proporcionarse con su trabajo una posicion modesta, pero independiente, ¡cuánto necesita sufrir!—Pero ¡qué me importa si con ello consigo atender á la crianza y educacion de aquel pobrecito ángel!—Vaya, acaban de dar las siete, ¡no dirá doña Matilde que soy perezosa!—¿Dónde estarán las agujas de mi mantilla!... (Buscándolas.)—Es particular! nunca encuentro nada en el sitio en que lo dejé; y eso, cuando no desaparece del todo.—Calle! ¡qué es esto!... unos pantalones de hombre! ¿Quién ha podido dejar esta prenda aquí!?

ESCENA II.

ROSA y SEÑORA DOLORES.

DOL. Vamos, vamos, Rosita, (Por el fondo.) que ya es tarde.

ROSA. (Eh!) No he necesitado nunca que nadie me recordara mis deberes.

DOL. Perdone usted; es sólo el interés de que sea usted más puntual que las otras.

ROSA. Muchas gracias. Pero hay tiempo todavía, y quisiera que me explicase usted una cosa que yo no acierto á comprender.

DOL. Una cosa que usted?!...

ROSA. Vive en esta casa algun hombre?

DOL. Ya lo creo!.... (Algo cortada.)

ROSA. Cómo!!

DOL. En el cuarto bajo vive don Policarpo... Terrones...

ROSA. No digo ahí...

DOL. En el principal don Melquiades Garcia y siete hijos suyos...

ROSA. Si no digo eso!...

DOL. En el segundo don Hilario...

ROSA. Dale!...

DOL. Eso es! Dale, así le llaman de apellido, le conoce usted?

ROSA. No, ni quiero...

DOL. Es persona distinguida, y buen cristiano!!...

ROSA. Si lo que yo pregunto es si aquí, en esta habitacion, vive algun hombre!

DOL. Jesús, María y José!!—Hombres en mi casa! Quiere usted callar!...—Aunque la verdad es que la que como yo. tiene casa de pupilos, se ve obligada á recibir á todo el que venga.

ROSA. Pero si usted no tiene más habitacion que esta.

DOL. Perdone usted, hoy se desocupa el otro tercero; yo lo he tomado, y con eso habrá dos cuartos disponibles.

ROSA. Pero hasta entónces..

DOL. Es verdad, hasta entónces...—Nada, nada; le aseguro á usted que desde que murió mi pobre Anton... no ha traspasado esos umbrales hombre alguno.—Faldas, y nada más que faldas han entrado aquí.

ROSA. Entónces, á quién pertenece esta prenda? (Por los pantalones.)

DOL. (Santa Brígida!!) (Con naturalidad.)—Á mí!

ROSA. Señora Dolores!...

DOL. Á mí, si señora.—Qué tiene de particular? Alguien ha de llevar en la casa los calzones! Mi marido me dejó heredera universal de todo lo suyo.

ROSA. Ah! vamos!—Perdone usted, yo creí...

DOL. La perdono á usted, aunque la ofensa ha sido grande! Suponer que yo...

ROSA. Diré á usted: en los dos dias que llevo en su casa, he notado *cosas*... que la verdad, me daban motivo á sospechar...

DOL. Qué ha notado usted?

ROSA. Anoche, sin ir más lejos, cuando volví de mi trabajo, olía esta habitacion de una manera detestable.

DOL. Como que eché un saumerio para que la encontrase usted perfumadita.

ROSA. Un saumerio de tabaco!?

DOL. De tabaco?!...

ROSA. Y tabaco del peor.

DOL. Ah!! Calle usted! Si no se puede tener tal vecindad! No ha notado usted que hay un estanco ahí abajo!

ROSA. Y desde la calle sube el olor hasta este piso tercero?

DOL. El tabaco que vende el gobierno tiene un olor muy fuerte.

ROSA. Aunque así sea...

DOL. No le quepa á usted duda. Y luégo, como lo han subido tanto!...

ROSA. (Si fumará la señora Dolores?)

DOL. Conque vamos, hija, que ya la estarán á usted esperando.

ROSA. Ya voy, ya voy.—(Esta mujer oculta algo, no hay du-

da.)—Hasta luégo.

DOL. Que no se canse usted mucho. (Sale Rosa por el fondo.)

ESCENA III.

SEÑORA DOLORES.

Gracias á Dios!—Si me hace otra pregunta no hubiese sabido qué contestar.—Despues de todo no es un crímen lo que la necesidad me ha obligado á hacer!—Rosita pasa todo el dia en su taller de modista; don Enrique toda la noche en su imprenta; no habia, pues, dificultad en alquilar á los dos el mismo cuarto hasta que se desocupase el otro tercero.—Pero líbreme Dios de que ellos pudieran sospechar lo que sucede! Don Enrique aborrece á las mujeres, y me dijo qne en cuanto recibiese una en casa, se marchaba él á otra parte. Rosita detesta á los hombres, y no saben los infelices que están uno y otro viviendo bajo el mismo techo, en el mismo cuarto!—Vaya, recojamos *todas* las prendas femeninas que pertenezcan á Rosa, don Enrique no tardará, y pudiera encontrar algo... que le hiciera sospechar de veras... (Recoge un vestido y otras prendas de mujer.)

ESCENA IV.

ENRIQUE y SEÑORA DOLORES.

ENR. Buenos disa. (Por el fondo.)

DOL. Ay!! (Oeultando el lio.)

ENR. Pero hombre, es fuerte cosa! ¡Que siempre la he de encontrar á usted en mi cuarto!...

DOL. Don Enrique, si estoy limpiando!...

ENR. Limpiando! Buena está la limpieza!—Hace dos dias que todo lo encuentro sucio y desarreglado.

DOL. Pues una no puede hacer más!...

ENR. En eso está el mal, en que es *una*. Si en vez de *una*

fuese *uno*, vería usted como la cosa variaba de aspecto. Los hombres somos más arreglados, más pulcros.

DOL. Qué sería el mundo sin las mujeres?...

ENR. Un paraiso terrenal donde no tendría entrada la s piente.—No he conocido más que una mujer buena ..

DOL. Muchas gracias.

ENR. No, no era usted.—Usted, señora Dolores, no pertenece ya á género ninguno.

DOL. Qué sabe usted!...

ENR. Lo dice esa cara en alta voz.

DOL. (Habráse visto!...)

ENR. Pues bien; con esa buena, ó que al ménos lo parecía, estaba yo obligado á casarme; circunstancias particulares hacían nocesaria una reparacion.

DOL. Pobrecilla!... Y luégo culpan ustedes á las mujeres!...

ENR. Es que yo no sé cuál de los dos tuvo la culpa de que aquello sucediese!...—Pero en fin, es igual; no me casé porque ella me engañó: tenía otro amante! Desde entónces he jurado odio eterno á las mujeres, y cuanto más bonitas son, más y más!

DOL. Qué cabeza, qué cabeza!!...

ENR. Y apropósito de bonitas, quién es una muchacha que encuentro todos los dias en la escalera, y que baja cuando yo subo, ó lo contrario, sube cuando yo bajo?

DOL. Alguna vecina.

ENR. Pues es una vecina de primer órden!!—Qué ojos tiene!...—Yo no la he mirado más que una vez... es decir, la he admirado, porque soy aficionado á las artes, y como cuestion de estética reparé en ella, y es un modelo... un modelo... pero es mujer, y con eso basta para que yo la aborrezca y la...

DOL. Dice usted que tiene buenos ojos?...

ENR. Ya lo creo... como dos naranjas?!

DOL. Eh?!!

ENR. Dos naranjas pequeñas, por supuesto!...

DOL. Entónces, ya sé quién es.

ENR. Quién?

DOL. La vecina del otro tercero.

ENR. De ese que se va á desocupar?

DOL. El mismo.

ENR. Qué lástima!... Porque como cuestion de arte, me gusta á mí encontrarla en la escalera.

DOL. Si viera usted qué buena es!...

ENR. Cómo lo sabe usted?

DOL. María la portera, que está enterada de todo, me ha contado que esa muchacha es modista y tiene un niño...

ENR. Caracoles con la bondad!!

DOL. Un niño que no es suyo.—Un huérfano que ha recogido y que están criando en un pueblo de aquí cerca.

ENR. Ay! ay! ay!—La historia de todas, el cuento que inventan para ocultar su falta.

DOL. Le digo á usted que no es su híjo!

ENR. Usted qué sabe?!

DOL. La portera me lo ha dicho!

ENR. Y qué sabe tampoco la portera?

DOL. Hombre...

ENR. Todas son iguales, todas!—Tengo hecha la cama?

DOL. Sí señor.

ENR. Pues déjeme usted, voy á acostarme.

DOL. Usted hace la vida de las lechuzas.

ENR. Eso es; cuando el sol sale me pongo yo.

DOL. Que usted descanse. (Ocultando el lio.)

ENR. Adios.—Qué lleva usted ahí? (Por el lio.)

DOL. Nada, un vestido mio.

ENR. Señora Dolores, estoy cansado de decir á usted que en mi cuarto no quiero prenda ninguna femenina!

DOL. Si no sé cómo... se quedó aquí.

ENR. Un dia voy á tirar á la calle todo lo que encuentre.—Y apropósito; quién le ha dado á usted permíso para peinarse con mis peines?

DOL. Yo?—Jesus María!!...

ENR. Pues no sé quién!—Ayer encontré mi peine lleno de pelos largos, muy largos, señora Dolores, y yo los tengo cortos, muy cortos.

DOL. (Dios me asista!)

ENR. Á ver, acerque usted la cabeza.

DOL. Pero don Enrique!...

ENR. Acérquese usted, no tenga usted cuidado; esa cara es buen seguro contra las malas tentaciones. (Oliendo la cabeza de Dolores.)

DOL. Pues tuvo su tiempo...

ENR. Imposible! (Separándola.)

DOL. Eh?

ENR. Usted huele mal, señora Dolores!—Es decir, no huele usted á la pomada que encontré yo aquí.

DOL. Toma! porque no presumo, y no me la pongo todos los días.

ENR. No? Pues póngasela usted, al ménos olerá usted á algo bueno.

DOL. Bah! No soy vanidosa.

ENR. (Encontrando debajo de una silla un par de zapatos.) Calle, no dije! Un par de zapatos!!

DOL. (Dios me valga!)

ENR. Demonio! (Cogiéndolos.) Y esos zapatos delatan unos piés que no son los de usted.

DOL. Que no son los mios?

ENR. Tiene usted este pie? Imposible!

DOL. Cómo que no?

ENR. Á verlo; enseñe usted el pie.

DOL. Me está usted sacando los colores.

ENR. Señora, no sea usted ridícula y enseñe usted su pie.

DOL. Ahora llevo zapatillas y...

ENR. No importa.

DOL. En fin, sea. (Sacando el pie con coquetería.)

ENR. Uf! si eso no es pie. (Bruscamente.)

DOL. Eh?

ENR. Es un falucho lleno de contrabando! Tápelo usted, y que no lo vean los carabineros!

DOL. Pues no siempre ha sido así!

ENR. No puede haber tenido otra forma.—Comparar este piñon (Por el zapato.) con ese pino maderable... con ese

tronco lleno nudos!...

DOL. Le digo á usted...

ENR. Calle usted, calle usted y no profane el arte y la naturaleza en su más hermosa manifestacion!

DOL. Qué salida!

ENR. De pie de banco; es oportuna.—En fin, (Mirando el zapato.) váyase usted.—Digo, no, quien se va soy yo.

DOL. Usted?

ENR. Puede acaso un hombre de mis ídeas permanecer un minuto más en una casa donde existe una mujer que calza este zapatito! Este... (Besándolo.)

DOL. Pero si es mio!...

ENR. Horror! (Arrojando al suelo el zapato.) Digo, no! Falso, falso. —Váyase usted, largo de aquí!

DOL. (Qué le ha dado?)

ENR. Vámos!!

DOL. Voy, voy, (Buena la hemos hecho!) (Sale por el fondo.)

ESCENA V.

ENRIQUE.

ENR. (Á la bota cómicamente.) Perdona, perdóname, zapato encantador! Objeto precioso encubridor de tanta y tanta gracia! Te habré lastimado al arrojarte... ¡pero mi indignacion era muy justa. Vuelve á mí. (Cogiendo el zapato.) Te han profanado, perfecto molde. Molde digno del cincel de Bembenuto Cellini. Oh! Yo te juro que aunque este gran artista te hubiese vaciado en plata y yo te poseyera, jamás me atrevería á hacerte pisar el Monte de Piedad ni otro ninguno!!—Pero, don Enrique, esto es hacer el oso de una manera lastimosa, y abjurar de todas tus ideas!... No, mil veces no! Seamos fuertes y constantes.—Despues de todo, se puede tener un pie tan bonito como este... y tener feo todo lo demas.—Sí, vamos á dormir.—Qué mujeres!... ni aún aborreciéndolas está uno al abrigo de sus traidoras asechanzas!! (Váse derecha.)

ESCENA VI.

SEÑORA DOLORES, saliendo con un vaso de leche que dejará sobre la mesa.

DOL. Ya se fué á la cama. Me alegro.—Jesús! si no se desocupa pronto el otro tercero, no sé lo que sucederá. Bah! ¿hasta ahora, no he podido engañarles? pues sigamos mintiendo!... Dejemos aquí su vaso de leche para cuando despierte, y vámos á coger el cesto de la compra, que ya es tarde. (Váse por el foro izquierda.)

ESCENA VII.

ROSA, por el fondo y con una carta en la mano.

Qué contrariedad!—Y la carta no admite duda. (Leyendo.) «El ama no puede continuar criando al niño; por »lo tanto, mañana por la mañaaa llegaremos á esa. »Tenga usted preparada otra nodriza, ó disponga lo »que mejor le parezca; pero le advierto que el niño es»tá muy desmejorado.»—Pobrecito ángel! Y esta mañana es hoy! La diligencia llega muy temprano; de modo que no pueden tardar.—Qué hacer?—Afortunadamente he comprado este *viveron* hasta encontrar nodriza. Tendré que mandar á la señora Dolores por leche.—Ah! (Viendo el vaso.) Aquí hay un vaso. Qué casualidad! Para quién sería?—Bah! Será de la seña Dolores; ya traerá más si quiere. (Vierte la leche del vaso en el viveron.) Ajajá!—Ahora vamos á arreglar la cama para acostarlo en cuanto llegue. (Dirígese á la alcoba y se detiene en la puerta.) Si la señora Dolores tuviese una cuna?...—Voy ántes á preguntarle. (Váse fondo.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, por la derecha, despues ROSA por el fondo.

ENR. Esa bruja no me ha entrado el vaso de leche que acos-

tumbro á tomar.—Diablo!! (Viendo el viveron.) Qué es esto? Un viveron lleno de leche!! Vaya un modo de servirla!—Esto ha sido venganza por las lindezas que le he dicho... pobre mujer!... Tiene gracia la ocurrencia...—Y cómo voy á tomar esto? Bonito estaría yo con un viveron en la boca!—Parecería que tocaba el flautin. Oh! qué edad, qué edad aquella en que esto, esto sólo constituía mis delicias!!

ROSA. Qué fastidio! (Sin ver á Enrique.) La señora Dolores se ha ido y ha dejado la puerta cerrada con llave. Cómo salir?

ENR. Pues señor, no me decido!...

ROSA. Ay!! (Viendo á Enrique.)

ENR. Eh!! (Viendo á Rosa y escondiendo el viveron.)

ROSA. (Un hombre!)

ENR. (La vecina!)

ROSA. Caballero!...

ENR. Señorita!... (Habrá visto el viveron?)

ROSA. Podré saber qué se le ofrecía á usted?

ENR. Á mí?—(Tiene gracia!)—Pues... nada.

ROSA. Cómo!!

ENR. (Se pone seria! Esto es que se ha equivocado de cuarto.)

ROSA. Qué ha venido usted á hacer á mi casa?

ENR. Á su casa de usted?...—Es verdad, está usted en su casa; pero es sólo porque la galantería me obliga á ofrecérsela.

ROSA. (Qué dice?!)

ENR. Nada, siéntese usted con toda franqueza.

ROSA. Señor mio!!...

ENR. No quiere usted sentarse? Pues continúe usted de pie; peor para usted. (Se sienta Enrique.)

ROSA. Caballero! Introducirse de esta manera en el cuarto de una jóven honrada é indefensa, es accion indigna que no tiene ejemplo, ni...

ENR. Siga usted, siga usted.

ROSA. Concluyamos! Salga usted.

ENR. (Vaya, vaya!... Esta me parece que finge haberse equivocado... Pues está fresca!)—Siento mucho no poder acceder á esa peticion, pero no tengo gana de salir de mi casa.

ROSA. (Eh!—Me habré equivocado yo?—No. Este es mi cuarto!—Y la señora Dolores que ha cerrado con llave!... —Qué hacer?)

ENR. (Nada: ha venido á conquistarme, no cabe duda.)

ROSA. (Y á este hombre lo he visto yo en alguna parte!... Ah! en la escalera... Será un vecino que se ha equivocado de cuarto! Veamos!)—Caballero...

ENR. (Ya empieza.)—Qué se ofrece?

ROSA. (Qué grosero! Continúa sentado!)

ENR. (Lo mismo haría con el padre de aquella inocente criatura.)

ROSA. Usted indudablemente está padeciendo una equivocacion.

ENR. Tal vez. (Lo que dicen todas!)

ROSA. Y por lo tanto no está usted en donde debe estar.

ENR. (Quiere que me coloque más cerca!... qué mujeres!!)

ROSA. Ha oido usted?

ENR. Señora... soy una roca, una roca!... Y San Antonio ne es el único ejemplar que se conoce!!

ROSA. Qué?... (Está loco! no cabe duda.)

ENR. (Me parece que he hecho efecto!)

ROSA. Lo que yo he querido decir es que...

ENR. Sí sabré yo lo que ha querido decir!

ROSA. Que usted se ha equivocado de habitacion.

ENR. Hombre, es ingeniosa la salida.

ROSA. Esta no es su habitacion de usted.

ENR. Que no?—Bonetillo diez, tercero derecha.

ROSA. Tercero derecha? Pues entónces no sabe usted donde tiene su mano derecha.

ENR. Eh! (Ahora me llama lila! qué mujeres!) Señora, esta mesa es mia, y esta silla y esas flores...

ROSA. Perdone usted...

ENR. Y esto, (Por el viveron.) digo... ¡sí. Esto!

ROSA. Mi viveron!

ENR. De usted?

ROSA. Acabo de co mprarlo hace un momento.

ENR. Con qué objeto?

ROSA. Á usted qué le imparta?

ENR. Como ya no está usted en edad...

ROSA. Caballero! Si trata de divertirse, se va usted al Retiro á ver los monos.

ENR. No sé el camino, pero si usted me acompaña...

ROSA. Yo no necesito ir para verlos.

ENR. Muchas gracias. (Si yo no odiase á las mujeres, me gustaría esta muchacha.)

ROSA. (No se va!—Pues no ha de salirse con la suya. Tengamos teson!) (Se sienta á un lado del teatro.)

ENR. (Ay!!) (Que al sentarse Rosa le ha visto el pie.)

ROSA. (Si se atreve, tengo mis tijeras.)

ENR. (No hay duda! Es el mismo! No es posible encontrar dos piés como aquel!!—Cercioréinonos!) (Entra en la alcoba y saca el zapato que guardó.)

ROSA. Qué señora Dolores de mis pecados! Y si no vuelve hasta la noche, qué hacer?

ENR. (Aquí está el comprobante!—Demonio! Si sacase el pie un poquito más!... Lo que se ve es completamente igual.—Maldito vestido! Qué costumbre tan rídicula la de vestirse!—Ah!) (Tira el zapato al suelo y se baja á cogerlo mirando al mismo tiempo al pie de Rosa.)

ROSA. Eh! Caballero!...—Mis zapatos!

ENR. Suyos! suyos! Oh felicidad!!...

ROSA. Señor mio, deme usted ese zapato!

ENR. Ántes la vida!!

ROSA. Cómo?!

ENR. La vida!—Señora; desde que tuve la dicha de ver este precioso objeto... sentí una zapatería en mi corazon, digo... un zapateado de latidos... un... En fin; la adoro á usted!! (Cae de rodillas.)

ROSA. Pero qué le ha dado?!

ENR. Si usted es casada, me casaré con usted... si es usted

soltera, mataré á su marido, es decir, si usted es viuda...—Nada, ya lo he dicho: la adoro, la adoro!!

ROSA. Caballero! Cualquiera que nos vea, creerá otra cosa y...

ENR. Qué importa? Yo odiaba á las mujeres porque no había encontrado ninguna como usted... digo sí, otra; pero aquella... Oh! ustad no será lo mismo, no es cierto?...

ROSA. Me obligará usted á marcharme...

ENR. (Deteniéndola.) Le juro á fé de hombre honrado, que Enrique Peral no trata de ofender á usted!...

ROSA. Enrique Peral!! (Muy asombrada.)

ENR. Qué! Conocía usted mi nombre?

ROSA. No, no. ciertamente.

ESCENA IX.

DICHOS y SEÑORA DOLORES.

DOL. (Cielos! Aquí los dos!)

ROSA. Ah! venga usted. Haga usted salir á este hombre de aquí.

ENR. Qué?

DOL. Repare usted...

ROSA. Estoy en mi derecho! Á quién pertenece este cuarto?

ENR. Eso es, á quién?

ROSA. Á mí.—Hable usted. (Á la señora Dolores.)

ENR. Hable usted. (Á la señora Dolores.)

DOL. Calma, calma! Yo soy una pobre viuda que vive de su trabajo.

ROSA. Bien, pero... (Impaciente.)

ENR. (Es su zapato, su zapato!!) (Besando el zapato.)

DOL. No tengo más habitacion que esta, y hasta que se desocupase el otro tercero, como usted pasa todo el dia en su taller y don Enrique toda la noche en su imprenta...

ROSA. Nos ha alquilado á las dos la misma habitacion?

DOL. Perdonen ustedes!

ROSA. Qué imprudencia!!

ENR. Qué felicidad!!

ROSA. Eh?! (Con seriedad.)

ENR. Digo, que..., que... qué le hemos de hacer, señora, qué le hemos de hacer!?

DOL. Esta tarde se desocupa el cuarto tercero.

ENR. No; por mí no hay prisa.

ROSA. Caballero!... En fin, tenga usted la bondad de marcharse á pasear hasta la tarde.

ENR. Señora!...

ROSA. Me parece más natural que sea usted el que ceda.

ENR. Bueno, pero... está lloviendo!

ROSA. Coja usted mi paraguas.

ENR. Muchas grcias.

DOL. Vamos, hombre, sea usted amable.

ENR. Calle usted, bruja.

DOL. Eh?!

ENR. Me voy, sí señora, me voy, pero si al ménos saliese de aquí con alguna esperanza... Si usted pudiese quererme algun dia...

ROSA. Imposible!

ENR. No?—Pues si mañana sabe usted que se ha encontrado un víctima más al pie del viaducto de la calle de Segovia, no pregunte usted por su nombre.

DOL. Ay! ay! ay! Se ha enamorado!

ENR. Y qué?

DOL. No odiaba usted á las mujeres?

ENR. Y á usted qué le importa?

DOL. Á mí, nada.

ENR. Pues largo, largo de aquí!! (Amenazándola.)

DOL. Voy, voy. (Qué fiera!) (Sale fondo.)

ESCENA X.

ROSA y ENRIQUE.

ENR. Conque me condena usted á muerte? (Triste y cogiendo su sombrero.)

ROSA. Por ahora sí.

ENR. Qué? Piensa usted que voy á morirme provisionalmente?

ROSA. Caballero, estoy esperando á mi hijo, y por lo tanto le ruego á usted que se marche.

ENR. Su hijo!—Imposible, yo sé que ese hijo no es hijo de usted.

ROSA. Cómo! Sabe usted?...

ENR. Sí señora; es un hijo adoptivo.

ROSA. (Ah!) Y si esa fuese la excusa que yo diera al mundo para ocultar la verdad?

ENR. (Caracoles!)

ROSA. Y si el infame padre de esa pobre criatura nos hubiese abandonado á los dos, exponiéndonos á morir de vergüenza y miseria, mientras que él, ingrato á todo, tratará de casarse con otra?

ENR. Oh! Si eso fuese cierto, merecería ese hombre, ese monstruo... que le escupiesen en la cara, que la sociedad lo despreciase y que...

ROSA. Alto, alto; no siga usted, porque en lugar de á ese pudiera usted escupir al cielo.

ENR. Yo?

ROSA. Todos los hombres son capaces de actos semejantes... y quién sabe si usted...

ENR. (Es verdad, quién sabe... Oh! Paulina, Paulina!)—Señora, á los piés de usted.

ROSA. Hasta luégo.

ENR. Qué? Ha dicho utsed hasta luégo?!

ROSA. No vamos á ser vecinos?

ENR. Y nada más?

ROSA. Nada más.

ENR. Oh! Quede usted con Dios.

ROSA. Vaya usted con él.

ESCENA XI.

ROSA, despues SEÑORA DOLORES.

ROSA. Pobrecillo! No parece tan malo como yo creía.—Si él supiera la verdad... Oh! no; es preciso que lo ignore todo.

DOL. Se fué ya? Gracias á Dios!

ROSA. Sí señora, se fué porque ha sido amable conmigo, pero no porque yo tuviera derecho á echarle.—Ha cometido usted una imprudencia muy grande.

DOL. Perdone usted, mi intencion no ha sido mala.

ROSA. Perdono, pero le anuncio á usted que voy á buscar otra casa inmediatamente.

DOL. Quiere usted perderme?

ROSA. Pretende usted acaso que me quede aquí?

DOL. Don Enrique se irá al cuarto de ahí enfrente.

ROSA. No importa!

DOL. Y es tan bueno, tan trabajador y tan honrado!...

ROSA. Bien conoce usted á sus huespedes!—Honrado un hombre que seduce á una pobre muchacha, que la abandona bajo pretexto de que sus celos le hacen ver otro amante en el hermano de aquella infeliz.—Que ignora que aquellos amores tuvieron fruto, y que la pobre criatura si no es por mí se hubiese muerto abandonada de todos.

DOL. Qué me dice usted? Este es el padre de. Enriquito... de ese niño.

ROSA. El mismo Enrique Peral.

DOL. Quién lo había de pensar!...

ROSA. Pero no diga usted una palabra. Necesito que lo ignore.

DOL. Quiere usted callar? Soy un pozo.

ROSA. Me privaría de su hijo, que es mi único tesoro!

DOL. Oh! los hijos!—Si la oyese á usted mi pobre Anton, cómo se enternecería; él, que deseó tanto tener hijos, y yo tambien á decir verdad, pero nada, por más baños de mar que tomamos, nada, nada!

ROSA. (Cómo tarda! ¿habrá sucedido algo?)—Señora Dolores, si me hiciera usted el favor de llegarse á la calle de Alcalá y preguntar si la diligencia de Colmenar ha llegado?

DOL. Sí señora. Espera usted á alguno?

ROSA. Al niño.

DOL. Pues voy en un vuelo. Pobre Anton! cómo se enternecería si no se hubiese muerto! (Sale fondo.)

ESCENA XII.

ROSA, despues ENRIQUE.

ROSA. Estoy intranquila. Dice la carta que está muy desmejoradito, y quién sabe lo que ha podido pasar.—Qué dia de tantas y tan diversas emociones! Lo primero que debo hacer en cuanto llegue, es buscar otra casa; yo no quiero permanecer aquí un dia más.

ENR. (Por el fondo y cargado de todos los juguetes que marca el diálogo.) Aquí me tiene usted otra vez.)

ROSA. Eh? Qué es eso?

ENR. Esto? La plaza de Santa Cruz en dia de Navidad!

ROSA. Qué significa!...

ENR. Mire usted, un tambor, una corneta, un caballo, un casco de coracero y una lanza! No necesitaba más Napoleon para vencer!

ROSA. Pero se ha vuelto usted loco?

ENR. Sí señora, loco de contento, de felicidad y de amor... eso es, de amor, aunque usted no quiera, yo no lo puedo remediar!

ROSA. Pero señor mio...

ENR. Le parece á usted poca fortuna para un hombre solo y abandonado, encontrarse de pronto con un hijo...

ROSA. (Eh?...)

ENR. Con un serafin, porque yo no lo he visto, pero debe ser un serafin!

ROSA. (Cómo! Lo sabe?!)

ENR. Mañana en el registro civil haré mi declaracion, mi reconocimiento, y su niño tendrá un padre!

ROSA. Será usted capaz?...

ENR. No lo abandonó su verdadero padre... portándose con él de una manera infame é indigna de hombre que como yo se estime en algo?

ROSA. (Ah!)

ENR. Pues bien, será mi hijo adoptivo.

ROSA. Imposible.

ENR. Por qué?

ROSA. Usted no puede cargar con la responsabilidad y las obligaciones que trae consigo ese reconocimiento sin consultar ántes con otra persona.

ENR. Con usted!...

ROSA. No señor.

ENR. Pues con quién?

ROSA. Con la que, si es usted hombre honrado, debe de ser su esposa.

ENR. Mi esposa?...

ROSA. Con Paulina García.

ENR. Cataplun! (Deja caer los juguetes.) Sabía usted?...

ROSA. Todo, señor don Enrique, todo.—Y no basta en el mundo hacer una obra buena.—Para poderse llamar honrado, es preciso que todos los actos respondan á ello, todos sin excepcion!

ENR. Es verdad; pero Paulina... Paulina...

ROSA. Paulina recibía todos los dias en su casa á su hermano Andrés, quien por causas políticas se veía obligado á ocultar su nombre y procedencia!

ENR. Oh! Soy un animal.—No cabe duda. Usted lo dice y usted no puede mentir.

ROSA. Lo juro por lo más sagrado.

ENR. Basta, basta.—Mucho la quiero á usted, muchísimo, daría mi vida por conseguir su felicidad.—Me ha hecho usted tanto bien!. .—Pero mi deber me manda buscar á Paulina, y así lo haré.

ROSA. Ella desde el cielo se lo agradecerá á usted.

ENR. Cómo!!...

ROSA. Y en su nombre su hijo desde la tierra.

ENR. Su hijo!?—Á ver, á ver, explique usted esas palabras... ha dicho usted su hijo, hijo de Paulina?

ROSA. Y de Enrique Peral.

ENR. Ay! ay! agua! agua! Me ahogo!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y SEÑORA DOLORES.

ROSA. Qué le ha dado?—Señora Dolores, señora Dolores!

(Llamando.)

DOL. Qué es eso? qué ocurre? (Por el fondo.)

ROSA. Traiga usted agua.

DOL. Aquí hay un vaso.

ROSA. Llegó la diligencia?

DOL. Sí, pero sin el niño.

ROSA. Dios mio!!

ENR. Eh?! (Levantándose.)

DOL. El mayoral me ha dado esta carta para usted.

ROSA. Venga.

ENR. Nunca! (Arrebatando la carta.)

ROSA. Qué?!

ENR. Esta carta habla de mi hijo y me pertenece á mí, á mí solo Muerta su madre, nadie tiene más derecho que yo para ver su contenido!

ROSA. Eso es una infamia y un egoismo!!

DOL. Cómo se enternecería mi pobre Anton!

ENR. Egoismo le llama, y todavía no le conozco, mientras que usted lo ha visto y lo habrá besado mil veces.

ROSA. Pero lea usted, hombre, lea usted!

ENR. Calma, calma...

ROSA. Calma, cuando esa carta pudiera anunciar una terrible desgracia.

ENR. Cielos! (Abriendo la carta precipitadamente.)

ROSA. Su muerte quizás!...

ENR. Ay!—Tome usted, tome usted, no me atrevo... no... me... atrevo. (Dando la carta.)

ROSA. Sí, yo... yo... (Esforzándose en leer.)

DOL. (Llorando.) Qué malditos baños de mar!!

ENR. Lea usted, lea usted.

ROSA. Calma, calma.

ENR. No se vengue usted!

ROSA. (Leyendo.) «No siendo ya necesario nuestro viaje...»

ENR. Cómo?!

ROSA. «Á causa de que el niño ha encontrado otra nodriza y »se ha repuesto notablemente»...

ENR. y DOL. Ah!!

ROSA. «Lo suspendemos hasta que usted determine.»

ENR. Viva! viva! (Coge el tambor y recorre la escena corriendo y saltando.) Cataplum, chin, chin, chin, chin!

ROSA. Ay! (Á la señora Dolores.) Deme usted agua, me ahogo!

DOL. Agua, hombre, agua!

ENR. Perdone usted, (Á Rosa cogiendo el viveron.) la alegría, la satisfaccion...

ROSA. No la merecería usted ciertamente!...

ENR. Yo haré, yo haré por merecerla!—Pero hasta tanto, me permite usted que la acompañe á ese pueblo, y vea á mi hijo?

ROSA. Cómo he de oponerme?...

DOL. Y me van ustedes á dejar la habitacion?...

ENR. Cá! mañana volvemos acompañados de mí... digo, de... de nuestro hijo!...

DOL. De modo que dispongo el otro tercero?

ROSA. Por supuesto, para el padre, que vivirá solo.

ENR. Cómo! me condena usted al ostracismo?

ROSA. Cuánto tiempo se necesita para que Enriquito tenga de veras madre?

ENR. Quince dias.

ROSA. Tome usted (Á la señora Dolores.) por quince dias esa habitacion...

ENR. Y yo pago á usted tres meses adelantados.—Cuánta felicidad!...

ROSA. Á mí no. Á Paulina que está en el cielo.

ENR. Sí, sí: la Vírgen de los Desamparados la tenga en su gloría.

Templa tu justo rigor
si te dimos un mal rato,
mas no quieras, por favor,
que tropiece en tí el autor
CON LA HORMA DE SU ZAPATO.

FIN.

	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
»	Jugar á la política...........	2I	Idefonso Valdivia...	Todo.
3	Próspero y Vicente..........	2	R. Lopez del Rio....	»
3	Sr. Don Lino Guerrero, Madrid	2	Julian Sanchez.....	»
1	Amor y amor propio.........	3	Fuentes y Alcon....	»
»	El baston y el sombrero.....	3	Eusebio Blasco.....	»
2	El nudo Gordiano—d. o. v. ..	3	Eugenio Sellés......	»
2	El ramo de flores....... ...	3	Sres. Pacheco y M. Godino	»
2	El rosario de mi abuela.	3	D. J. G. de Lima......	»
4	La deshonra...	3	Manuel Nogueras....	»
3	La opinion pública—d. o. v..	3	Leopoldo Cano......	»
»	La tabla de salvacion—c. a. p.	3	Sres. Coello y Herrero..	»
3	Las consecuencias...........	3	D. J. G. de Lima.......	»
4	Las penas del purgatorio-c. a. p	3	Sres. C. Arana y Fuentes	»
»	Trabajar por cuenta propia...	3	Leandro A. Herrero.	»
3	Un árbol torcido—c. a. p.....	3	Venancio Magin.....	»

ZARZUELAS.

2	Candidez y travesura.........	1	D. Jerónimo Moran,.....	L.
	Don Abdon y Don Senen.....	1	Sres. Liern y Rubio y Espino.............	L. y M.
	En la calle de Toledo........	1	Sres. B. de Cortes y Rubio	L. y M.
1	La niñera.................	1	D. Luis Pacheco.......	L.
3	Las damas de la camelia......	1	Jerónimo Moran....	L.
	Los dos cazadores...........	1	Ricardo Caballero...	L.
	Panchita en el muelle de la Habana..................	1	Sres. Chueca y Valverde.	M.
6	El diablo en la Abadía.......	2	Sres. Almeda y Mangiagalli	L. y M.
4	El padrino.................	2	Trinchant y P. Castro	L.
1	El ruego de una madre.......	2	D. Sebastian Cruellas,..	L. y M.
	El destierro del amor........	2	Sres. Liern, Rubio y Espino..........	L. y M.
2 c.	El anillo de hierro—d. o. v....	3	Zapata y Marqués...	L. y M.
3 c.	El campanero de Begoña.....	3	Pina y Breton......	L. y M.
2	Fra-Diavolo...............	3	D. Jerónimo Moran....	L.
	La banda del rey...........	3	José Casares........	1/2 M.
3 c.	La dama blanca............	3	Sres. Moran y Andilla...	L.

NOTA.—Ha dejado de pertenecer á esta Galería, la comedia en un acto ulada ***Una chica alemana***, la música de la de tres actos ***La fiesta del hogar*** y libreto de las zarzuelas ***Juana, Juanita y Juanilla*** y ***Sobre ascuas***.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.